

# GUERRA FRIA, DISTENSION Y SOLUCION DE CONFLICTOS

**Roberto Mesa**

Catedrático «Relaciones Internacionales»  
Universidad Complutense de Madrid

## I. INTRODUCCION

Una reflexión sobre la Sociedad Internacional y su evolución en los últimos cincuenta años es, directamente, una aproximación a las relaciones bilaterales entre Estados Unidos y la Unión Soviética. La política exterior de las dos súper potencias es, sin ningún género de tópicos, casi la política internacional en su totalidad. Podría afirmarse, con todas las cautelas y excepciones precisas, que las relaciones internacionales, en el período de tiempo indicado, han girado en torno a los planteamientos diplomáticos y a los problemas y necesidades —económicos, políticos, defensivos, culturales, etc.— de Estados Unidos y de la Unión Soviética.

Por el contrario, esta media centuria ascendente, en la que emergen y se consolidan las súper potencias americana y la euro-asiática es, asimismo, aquella en la que Europa conoce su decaimiento y su división. Cincuenta años durante los cuales los europeos tienen la clarísima percepción de que sólo empresas globales, unitarias, posibilitarán que el Viejo Continente recupere no sólo su identidad, sino también la autonomía debida para su quehacer político y su reestructuración socio-económica. Mientras, a lo largo de este prolongado espacio temporal, que quizá solamente ahora comience a finalizar, Europa ha sido un objeto, una baza a jugar, en las relaciones ruso-americanas. Sin embargo, aún está reciente en la memoria colectiva de los pueblos el momento estelar en que se produjo la gran alianza de los países democráticos, capitaneados por Estados Unidos y por la Unión Soviética, contra los totalitarismos fascistas alemán, italiano y japonés.

Desde esta perspectiva, nuestro punto de arranque es el año 1945, el final de la Segunda Guerra Mundial. Es el tiempo de la consagración de las dos súper potencias, con la fuerza de la victoria sobre el Eje y su estrenada capacidad nuclear; junto a la disminución del con-

cepto de gran potencia, así como la desaparición de la idea angular de equilibrio, administrado por el Directorio Europeo que, desde 1815, había sido el esquema nuclear sobre el que reposó el juego y la dinámica de las relaciones internacionales. Se trata, por tanto, del inicio de una etapa nueva y distinta en una Sociedad Internacional, también nueva y diferente, que se presenta caracterizada por los siguientes rasgos:

1.º Hegemonía de las dos súper potencias nucleares que diseñan muy rápidamente sus respectivas zonas o esferas de influencia, articulándolas en mecanismos económicos inflexibles y en sistemas militares cerrados. En este juego estratégico, el centro de Europa, su corazón, cobra un valor emblemático. La rigidez de esta concepción hegemónica congelará una concepción global de Europa casi hasta nuestros días;

2.º La aparición del riesgo nuclear, no como hipótesis sino como posibilidad real, transformará el concepto de guerra total, la idea de guerra generalizada; las armas nucleares han hecho imposible, hasta la fecha, el enfrentamiento armado directo entre las dos súper potencias; pero, en paralelo a este fenómeno y a la carrera armamentista, se paraliza la pacificación de las relaciones internacionales; es, por el contrario, el equilibrio del terror, lo que ha posibilitado y propiciado la escalada, el llevar hasta el punto cero, hasta el límite del abismo sin retorno, una rivalidad militar exacerbada;

3.º El no a la guerra nuclear y a la guerra generalizada ha supuesto, de rechazo, la proliferación de conflictos armados localizados, regionales, en la periferia del sistema; un sistema quizá ejemplar, por sus efectos demostrativos, en Europa, pero que ha corrido con todos los gastos y con todos sus riesgos en el exterior; ciertamente, no se puede extrapolar este aspecto, ya que también se han producido guerras civiles, rápidamente internacionalizadas, y guerras de rivalidad regional extremadamente graves; pero también es verdad que, bajo una u otra forma, tales conflictos armados se han desarrollado y concluido sin desbordar los límites geográficos que expresa o tácitamente les han sido asignados por las súper potencias;

4.º Como se ha señalado en los párrafos anteriores, la bilateralización de las relaciones internacionales ha destrozado el concepto clásico de gran potencia y ha fulminado la figura equilibradora del Directorio; ahora bien, este juicio debe ser matizado, en función de dos fenómenos recientes: por una parte, el desplazamiento del centro o del foco de interés mundial desde Europa hasta el Extremo Oriente y el Pacífico; por otra parte, la emergencia de nuevos poderes mundiales, precisamente en este área geográfica, Japón y China Popular, que han reavivado, tanto en Estados Unidos como en la Unión Soviética, su aletargada vocación asiática;

5.º En último lugar, aunque quizá sea un dato menor, colateral, la incidencia que los fenómenos más arriba descritos han tenido sobre la misma disciplina académica de las relaciones internaciona-

les que, casi olvidadas ya por los expertos sus naturales aspiraciones científicas, se ha convertido en un instrumento más al servicio del poder, tanto en su expresión norteamericana como en su más tardía formulación soviética; baste con recordar el enunciado del llamado sistema bipolar rígido y los excesos de los enfoques sistémicos, por un lado, así como las aplicaciones mecánicas del pensamiento marxista, por el otro, hasta llegar a los estragos causados por la militarización del pensamiento científico, para constatar, con todas las cautelas requeridas, cómo lo que en un principio era un intento de análisis y de comprensión de la realidad internacional se ha convertido en una mera estrategia al servicio de intereses particulares, estatales.

Sobre el telón de fondo de estas características concretas, naturalmente discutibles en su totalidad, han venido a superponerse dos grandes circunstancias transformadoras que otorgan su más específica originalidad a nuestro tiempo, a esta media centuria que estamos considerando. La primera de ellas, la descolonización o revolución colonial que ha emancipado políticamente, en términos matemáticos, a las dos terceras partes de la humanidad; aunque no sea éste el lugar oportuno para profundizar en este proceso revolucionario, sí debe apuntarse que el ascenso a la vida de relación internacional del tan peyorativamente llamado Tercer Mundo también ha desempeñado funciones, aunque casi siempre ha sido un objeto, en la rivalidad hegemónica entre Estados Unidos y la Unión Soviética. La segunda circunstancia transformadora también ha sido de importancia trascendental y continuará siéndolo durante largo tiempo; nos referimos a la revolución científico-técnica que ha supuesto la superación definitiva de la igualmente decisiva Revolución Industrial; si su desarrollo, el de la revolución científico-técnica, ha sido protagonista en la concreción del estado de bienestar, no menos importante ha sido su influjo, en la militarización, primero nuclear y luego informática, de las relaciones entre las dos súper potencias. Baste con evocar el trayecto recorrido desde las explotaciones nucleares de Hiroshima y Nagasaki hasta llegar a la Iniciativa de Defensa Estratégica (SID) de Ronald Reagan.

En conclusión, este es el escenario sobre el que se articula el bilateralismo ruso-americano y dominante de la Sociedad Internacional a partir del año 1945; y éstas son también las coordenadas que dirigen y limitan las posibilidades reales de actuación de Europa Occidental, en particular, y de toda Europa, en general, en el marco global y contemporáneo de las relaciones internacionales.

## II. IDEAS-FUERZA EN LA DINAMICA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Si volvemos la mirada hacia el pasado, comprobaremos con muy poco esfuerzo que, en todo tiempo, se han buscado no sólo unos lineamientos coherentes, sino también que se han explicitado unos corolarios ideológicos que, de alguna manera, han justificado o han orientado los comportamientos. Poco importa, ahora, escudriñar en la lógica o en la moralidad de tales postulados; interesa, por el contrario, verificar de qué forma aquello que, quizá en un principio, fue puro oportunismo (entendido en su sentido menos malo: la adecuación de las conductas a las posibilidades reales de acción y a los objetivos perseguidos) puede convertirse, y de hecho así ocurrió, en las metas ideales y superiores del quehacer diplomático de las súper potencias; con lo cual se produjo una lamentable confusión, en los resultados últimos, entre ética y política. Esta fue la pauta en la Europa del siglo XVI, con el enfrentamiento entre imperios y la eclosión del Estado-Nación; otro tanto acaeció con la Revolución Francesa, su triple ideario emancipador y la materialización del imperio napoleónico; igualmente resultó ejemplar, en esta perspectiva, el expansionismo colonial europeo del siglo XIX, movilizado por los imperativos económicos de la Revolución Industrial, el seguimiento de la política de prestigio y la invocación de la misión civilizadora de los grandes imperios europeos; aunque, posiblemente, la caricatura más acabada de este confusionismo sea la ofrecida por la dinámica del Tercer Reich alemán, con los principios del espacio vital y la superioridad de la raza aria, combinados con los designios de la construcción de la gran Alemania.

Pues bien, desde 1945 hasta nuestros días, las dos principales ideas-fuerza, aunque no las únicas, que han dominado las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética han sido la Guerra Fría y la Coexistencia Pacífica. Ambas líneas abarcan los períodos de distanciamiento/enfrentamiento y aproximación/ armonía entre las dos súper potencias; por los demás, aparte los efectos pacificadores o bélicos que su juego ha supuesto en otros lugares del mundo, Europa ha sido la zona geográfica más sensible a este debate que no se ha contenido en sus dimensiones ideológicas. No es preciso añadir, además, que su alternancia ha mantenido una secuencia, hasta cierto punto lógica, que es la que pretendemos seguir en nuestra reflexión.

### A) *La Guerra Fría*

El debate sobre los orígenes de la Guerra Fría aún no se ha cerrado. Algunos, bastantes, los sitúan, desde una perspectiva rigurosamente armamentista, bien en el monopolio nuclear norteamericano, bien en el duopolio nuclear ruso-americano. No faltan, entre los estu-

diosos, aquellos que emplazan la fecha crítica del nacimiento de la Guerra Fría, en el mes de octubre de 1917, cuando triunfante la revolución bolchevique, frente al modelo hasta entonces único de producción capitalista, se alza el modelo, no sólo distinto sino también antagónico, de producción comunista. Otros ensayistas fijan su atención en el símbolo del bloqueo de Berlín. Y así sucesivamente. La lista de exégetas y cronólogos sería interminable y no aportaría más sustancia que la confección de otro catálogo para disfrute de académicos.

Ahora bien, sí parece haber un cierto consenso entre los especialistas para marcar un hito diplomático y una fecha simbólica. El primero, citado hasta la saciedad, es el artículo del ignoto «Mr. X», que encubría la personalidad de George F. Kennan; con una cierta perspectiva y sin violentar las expresiones ni las intenciones del ilustre diplomático, el núcleo de su propuesta era el siguiente: Contención. Según G. F. Kennan, mientras no se modificase la naturaleza del poder soviético, Estados Unidos no podría mantener relaciones normales con la otra súper potencia; serían, en consecuencia, relaciones de rivalidad y no de amistad, ya que, el designio de Washington sería el de oponerse por todos los medios, salvo el enfrentamiento militar directo, a todo intento de expansión por parte soviética; obligar, mediante la contención, que no es sinónimo de aislamiento, a un cambio o a una suavización del sistema soviético, tanto en su política interna como en la exterior. No faltaban, por lo demás, en el artículo de G. F. Kennan, las resonancias, aunque lejanas, del Destino Manifiesto y de la providencia guiando los pasos de Estados Unidos.

El planteamiento político directo, incluso brutal, vendría de las palabras del presidente Harry S. Truman, el 12 de marzo de 1947, cuando, ante las dos Cámaras, en Washington, enunciase la doctrina que, desde entonces, lleva su nombre. No es necesario recordar que, ante la expansión y el asentamiento del poder soviético en Europa Oriental, Truman, frente a las amenazas sobre Grecia y Turquía, que por cierto no eran paradigmas democráticos, solicitase del Congreso una ayuda económica para auxiliar a estos dos países del Mediterráneo Oriental. Sí interesa, por contra, recordar la visión dualista proclamada por el presidente estadounidense: «Un sistema de vida está basado en la voluntad de la mayoría y se distingue por las instituciones libres, el gobierno representativo, las elecciones libres, las garantías de libertad individual, libertad de palabra y de religión y la inmunidad ante la represión política. El segundo sistema de vida se basa en la voluntad de una minoría impuesta por la fuerza a la mayoría. Se apoya en el terror y en la opresión, radio y prensa controladas, elecciones con resultados previos de antemano y la supresión de las libertades personales.»

Meses más tarde, en noviembre de 1947, la Oficina de Información Comunista (Kominform), casi recién nacida, el anterior 5 de octubre, ofrecía una visión geoméricamente equidistante: «Se han formado dos líneas políticas opuestas: en un lado, figura la política

de la Unión Soviética y los países democráticos encaminada a socavar el imperialismo y fortalecer la democracia; al otro lado, está la política de los Estados Unidos y de Gran Bretaña encaminada a fortalecer el imperialismo y acabar con la democracia; el Plan Truman-Marshall no es más que una parte, la sección europea, del plan de política mundial que piensan aplicar los Estados Unidos en todo el mundo.»

Era, con toda su simpleza, esquematismo y maniqueísmo, el lenguaje común y sin matices de la Guerra Fría. De la idea de contención de Kennan se pasaba directamente a la competitividad absoluta con una sola frontera tácita que nunca se violentó: la guerra directa entre las súper potencias y la confrontación nuclear. La sobrecarga ideológica conduciría a uno de los períodos más tenebrosos del estalinismo y, en paralelo, a la expansión del pensamiento más retrógado en Estados Unidos; ya que, a *sensu contrario*, no hubo límites para la divulgación de idearios radicales y extremistas; lógicamente, en la lógica de tal planteamiento, la escalada —otro término del vocabulario de la Guerra Fría— tenía que ser permanentemente nutrida y exacerbada. El bloqueo de Berlín, la guerra de Corea, la intervención soviética en Hungría (1956), la intervención norteamericana en el Líbano (1958)... Una letanía que alcanza su clímax con la crisis de los misiles cubanos (1962). Capítulos que jalonan la trayectoria del período más agudo vivido, hasta ahora, por la humanidad, bajo los postulados de la Guerra Fría.

Un intento de ordenar, ya que no racionalizar, la comprensión de la Guerra Fría, que con el decurso del tiempo mostró su irracionalidad, permite establecer algunos rasgos definitorios no sólo de su esencia sino también de su comportamiento táctico. Es decir, de los corolarios imprescindibles para su mantenimiento y su desarrollo controlado:

1.º En primer lugar, un dato ya apuntado: la ausencia, la renuncia, la imposibilidad de la guerra generalizada, de la guerra total, que por la utilización de las armas nucleares equivaldría a la extinción de la existencia de parte considerable del género humano. Si retornamos, una vez más, al vocabulario acuñado en aquel tiempo, el equilibrio del terror era la caución que aseguraba la imposibilidad de la destrucción mutua. Ciertamente, esta escalada con un límite único, la prohibición de franquear el grado cero, no impedía, sino que impulsaba, ya que era la razón misma de su propia existencia, la carrera de armamentos nucleares, su proliferación sin tasa ni concierto, la multiplicación de los arsenales nucleares. Como, en esta interpretación, el arma nuclear se presentaba como el garante de la invulnerabilidad, nada obstaculizó que otros países, Gran Bretaña y Francia, primero, luego China Popular y otros más tarde, pasasen a engrosar aquel exclusivísimo club que, en un principio, sus fundadores pretendía

limitar a dos socios únicos. El mal ya estaba iniciado y no se había previsto ningún camino de retorno;

2.º En segundo lugar, dado que la Guerra Fría no es un mensaje abstracto vacío de contenido, necesitaba y necesita, para su pervivencia, ser retroalimentado por tensiones continuas; un estado de alerta permanente, de desconfianza recíproca, donde desempeña un papel básico la llamada guerra de propaganda o ideológica; el espíritu de cruzada sin cuartel, en una acción de doble sentido, requiere aquellas tensiones. En esta óptica, como materialización de la rivalidad, invocando la necesidad de un escudo protector ante un enfrentamiento que se representa como inevitable, nacen el Tratado de Washington (1949) y el Pacto de Varsovia (1955); que, partiendo del artículo 52 de la Carta de las Naciones Unidas, ya que no podía ser de otra forma, y argumentando su carácter de acuerdos regionales de carácter defensivo, difícilmente logran ocultar su verdadera naturaleza ofensiva y, lo que es aún más importante, consagran política y jurídicamente la hegemonía de cada súper potencia en el seno de sus respectivos grupos. Aunque, semiótica de la Guerra Fría, la concepción grupal, igualitaria, es sustituida por el término de bloque, puesto que uno de los frutos tácticos de la Guerra Fría es la bipolarización y la instrumentación de las alianzas, pero no únicamente en Europa; a la división política heredada de la Segunda Guerra Mundial, se añadirá la compartimentación militar, atentatoria y contraria a toda idea histórica y cultural de Europa; éste y no otro es, por ahora, el hecho que queremos enfatizar;

3.º En tercer lugar, la anterior afirmación, acerca de las tensiones y la Guerra Fría en Europa, se enlaza con la aparición, unas veces espontánea y otras provocada, de conflictos armados en la periferia del sistema (entendiendo por tal el área geográfica exterior a la NATO y al Pacto de Varsovia). Para eliminar interpretaciones erróneas o sesgadas, ha de recordarse que este período en estudio es el mismo en el que acaece la descolonización y donde surgen numerosas guerras de liberación nacional; en esta perspectiva, situaciones como la del Sudeste Asiático o el Cercano Oriente son ilustraciones adecuadas de estos conflictos rigurosamente localizados. Hay que añadir que, en términos generales, son conflictos que difícil o raramente conocen una paz definitiva, sino que subsisten a lo largo de negociaciones interminables y precarios alto el fuego, ya que la Guerra Fría requiere estos conflictos en estado de latencia, cuando no de actividad; no por azar en los últimos años se acuña la expresión de «guerras de baja intensidad»;

4.º En cuarto y último lugar, aunque sea una continuación o profundización del párrafo precedente exige consideración aparte, en estos conflictos localizados abundan los que Charles de Visscher llamó elocuentemente «guerras por procuración» o «guerras por delegación»; es decir, conflictos armados en los que siempre están presentes las propuestas ideológicas enfrentadas en la Guerra Fría; imáge-

nes premonitorias de lo que más tarde se ha llamado contradicción Este-Oeste. Pero, la presencia de las súper potencias no es sólo ideológica, sino también económica y militar, lo que no es obstáculo para que, en situaciones límites, también estén presentes con sus propias fuerzas armadas, pero cuidando exquisitamente que nunca coincidan en un mismo conflicto armado los ejércitos de la Unión Soviética y los de Estados Unidos. No resulta superfluo señalar que, coherentemente con estos planteamientos, tampoco se ha producido nunca un choque armado entre la NATO y el Pacto de Varsovia; sin embargo parece cuando menos llamativo que con la unanimidad en subrayar los efectos disuasorios de ambas alianzas sobre la parte contraria, no se haya insistido suficientemente en la eficacia reglamentaria y coercitiva de ambos pactos en el interior de cada bloque; Hungría, Checoslovaquia, Rep. Dominicana y Granada, ratifican sobradamente el aserto. Huelga decir que, más allá de las solemnes declaraciones condenatorias de rigor, las súper potencias siempre han respetado escrupulosamente sus respectivas áreas o zonas hegemónicas.

## B) *La Coexistencia Pacífica*

Es la otra alternativa, paralela a la Guerra Fría, que han conocido las relaciones internacionales desde 1945. También han sido numerosos sus comentaristas, entusiastas o detractores, así como los debates acerca de su origen. Aunque, en lo referente a su punto de partida, aquí si está claro que históricamente es coetánea de la revolución bolchevique; su inmediatez histórica es de tal intensidad que podría fijarse su arranque, aunque frustrado, en las conversaciones mantenidas por Lenin con el enviado personal del presidente W. Wilson, Bullitt, en el invierno de 1918; contactos abortados tanto por las intervenciones armadas como por la política de cordón sanitario, así como los intentos mesiánicos de exportación del modelo revolucionario soviético. Comprobada la resistencia del capitalismo y los fracasos de ciertas experiencias revolucionarias, la primera exposición de la Coexistencia Pacífica se asocia con la NEP (Nueva Política Económica), diseñada por Lenin a partir de 1921; dada la pervivencia de ambos sistemas, se estimaba inevitable la apertura de un duradero tiempo histórico de convivencia. Desde entonces, se esbozan con nitidez dos características de la Coexistencia Pacífica: una, su mediatización por el diálogo/enfrentamiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética; otra, su importante y elevado componente económico; en otras palabras, los costes militares de la Guerra Fría no pueden soportarse indefinidamente por la economía capitalista y todavía menos por la economía comunista.

La consolidación en el poder de Stalin, la construcción del comunismo en un solo país, la puesta en marcha de la industrialización soviética a través de los planes quinquenales (iniciados en 1928), los procesos de Moscú y, finalmente, la Gran Alianza ruso-americana



contra las potencias del Eje, culminan esta etapa no sólo con una ejemplificación de la Coexistencia Pacífica, sino también con una íntima y estrecha colaboración durante la Segunda Guerra Mundial, en la que por lo demás nunca se disipan totalmente las reticencias ni las suspicacias.

Entre dos crisis, la de Berlín y la de los misiles cubanos, el escenario bilateralizado de las dos súper potencias está dominado por la Guerra Fría. El mes de octubre de 1962 conoce la escalada hasta el borde mismo del abismo nuclear; su resolución directa, por J. F. Kennedy y N. Kruschev, abre las puertas a la primera etapa de Coexistencia Pacífica protagonizada por Estados Unidos y por la Unión Soviética. Cierto que el camino fue lento y estuvo erizado de obstáculos. Comenzó, y es un dato que no cabe menospreciar porque subraya la íntima conexión entre política interna y política exterior, por la desaparición de Stalin del liderazgo soviético y la denuncia de sus crímenes y atrocidades, realizada por N. Kruschev, durante el XX Congreso del PCUS. Queremos anticipar, con esta observación, que, a nuestro juicio, parece irrealizable, la práctica de una diplomacia de paz por un sistema político autoritario, no democrático; por el contrario, cuando un régimen político, en este caso el soviético, muestra tendencias hacia la flexibilización, hacia una menor presión sobre los ciudadanos, es posible la Coexistencia Pacífica. Sin olvidar, por lo demás, que el período en el que se mantuvo en el poder N. Kruschev fue de poca duración y sus inclinaciones liberalizadoras escasamente profundas.

En términos muy reduccionistas, la Coexistencia Pacífica de N. Kruschev consistía en que cada una de las dos súper potencias demostrase universalmente las excelencias de cada sistema, en un proceso emulativo, marginando el uso de la fuerza en sus relaciones mutuas. Ni el asesinato de J. F. Kennedy (1963), ni la caída de N. Kruschev (1964), ni las posiciones de sus respectivos sucesores, L. B. Johnson (el nombre de Vietnam), ni L. Breznev (el hombre de Checoslovaquia), fueron capaces, en un primer momento, de paralizar el impulso de paz inicial. Con el viento favorable de estas nuevas relaciones, se firmaron, durante el decenio de los años sesenta, tratados tan importantes como el de la prohibición de pruebas nucleares en el espacio y el de no proliferación de armas nucleares; más cerca de nuestros días, en 1971, se firmaron en Moscú las SALT I y, en 1979, en Washington, las SALT II, que constituyen un inicio malogrado de lo que pudo ser el logro más espectacular de aquel primer período de Coexistencia Pacífica; como es sabido, la intervención soviética en Afganistán (1979), motivó la no ratificación norteamericana del segundo de estos documentos bilaterales. Por lo que va más allá de lo estrictamente armamentista y nuclear, posiblemente la culminación de este período fuese la firma del Acta Final de la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea (Helsinki, 1975), donde sobresalen, por su importancia, los apartados dedicados al desarme y a las medidas de confianza, por una parte, y el relativo a la protección

de los derechos humanos, por la otra. Aunque, en su momento, fuese un tanto infravalorada, en la actualidad es cuando se aprecia en su magnitud el alcance de los propósitos y de los objetivos del Acta Final de Helsinki.

Esta aproximación a la Coexistencia Pacífica sería incompleta y, por lo tanto, parcial, de no aludir a otras propuestas, procedentes de campos ideológicos distintos, aunque coincidentes en sus objetivos, y que han enriquecido las aportaciones anteriores. La primera de ellas, nacida en plena Guerra Fría e impulsada por los nuevos estados venidos de la descolonización, se conoció primeramente por el nombre que le dieron sus propios inspiradores: el neutralismo positivo o activo; trataba de diferenciarse de otros estatutos de neutralidad pasiva, voluntarios o impuestos, cuya intención era la de automarginarse de cualquier conflicto armado y, en cierta medida, también del desarrollo regular de la vida de relación diplomática. Los países reunidos en Bandung (1955), en la Conferencia Afro-Asiática, afirmaron su vocación dual: rechazo de la Guerra Fría, por un lado, y actividad de distensión entre las dos súper potencias, por el otro. Con esta finalidad, incluyen en su Declaración Final los principios de la Coexistencia Pacífica, con sujeción a los cuales quieren regular sus relaciones; principios que ya se habían incluido un año antes, en el Tratado de Pekín que ponía fin a la guerra del Tíbet, entre la India y China Popular. En aquella conferencia memorable y en la reunión de Brioni (1956), entre Tito, Nehru y Nasser, se forjaría el Movimiento de Países No Alineados, que celebraría su Primera Conferencia Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno en Belgrado, en 1961. Cumbre que algunos calificaron de ingenua, porque concluyó con la redacción de un texto único y dos destinatarios, Kennedy y Kruschev, a los que los firmantes recordaban su máxima responsabilidad en la dirección de los asuntos mundiales y les impulsaban a seguir el camino de la paz y abandonar el enfrentamiento de la Guerra Fría que arrastraba a la humanidad al riesgo cierto del holocausto nuclear; lo que fue tenido por ingenuo, un año después era asumido en la resolución del conflicto de los misiles soviéticos instalados en la isla de Cuba.

No es nuestra intención historiar en estas páginas el Movimiento de los No Alineados; pero sí queremos enfatizar el camino por él recorrido que le ha llevado desde el rechazo de la Guerra Fría hasta la prédica del establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional, que desplaza la dialéctica Este-Oeste a la imperiosa necesidad de entablar el diálogo Norte-Sur; se ha ido desde la Paz como ausencia de guerra a la Paz como proyecto de igualdad y de justicia.

La segunda aportación a que queremos referirnos es el resultado de un largo proceso de maduración doctrinal de la organización mundial por excelencia: las Naciones Unidas. Nacida como fruto del esfuerzo colectivo de los países democráticos contra las potencias del Eje y con la aspiración de sortear los impedimentos y eludir los errores que marcaron la existencia de su predecesora, la Sociedad de las Naciones, la ONU ha experimentado una transformación profunda

en su doctrina primera, quizá un tanto difusa, sin necesidad de recurrir a la costosísima mecánica de la reforma de la Carta. Abundantes han sido las críticas que, en su mayoría malintencionadas, se han vertido sobre la actuación de las Naciones Unidas. No está en nuestro ánimo terciar en la polémica; bástenos con apuntar que, en nuestra opinión, la Sociedad Internacional actual sería muy diferente, más hostil e incluso más conflictiva, de no haber existido Naciones Unidas; parece correcto estimar, por el contrario, que el grado de interdependencia, la comunicación societaria de las relaciones internacionales, había alcanzado ya en 1945, tal nivel de intensidad y desarrollo, que la existencia de la ONU no sólo era aconsejable, sino también imprescindible.

Pues bien, de entre las muchas funciones desempeñadas por la organización mundial queremos destacar su tarea en favor de la pacificación de las relaciones internacionales. Otros han hecho ya, exhaustivamente, el catálogo de documentos y de actividades que jalonan y avalan tal servicio a la paz mundial. Pero, en conexión directa con la temática expuesta en estas páginas, la construcción de una teoría y de una práctica de la Coexistencia Pacífica, la piedra angular de tan delicada edificación es la Resolución 2625 (XXV) de la Asamblea General, aprobada por consenso, el día 24 de octubre de 1970, titulada: «Declaración relativa a los principios de derecho internacional referentes a las relaciones de amistad y a la cooperación entre los Estados de conformidad con la Carta de las Naciones Unidas.» Se ha recorrido todo un ciclo que, movilizado por las afirmaciones ideológicas de varios Estados, desemboca en la inserción de su espíritu y en la aprobación de sus principios por la comunidad internacional. Esos siete principios de derecho internacional, a los que la doctrina y su propia dinámica, unirán el del respeto a los derechos humanos (tanto los muy desarrollados de carácter individual, como aquellos otros más novedosos y difíciles de articular por su carácter colectivo) son la coronación de un arduo recorrido; pero, al final, tan felizmente consensuado, que aquella originaria Coexistencia Pacífica se considera, hoy día, bajo la denominación más amplia y generosa de principios de amistad y de cooperación. Se ha pasado de una consideración pasiva, resignada, de un mundo en paz a una perspectiva más activa y dinámica: amistad y cooperación.

### III. DE LA VIEJA A LA NUEVA EUROPA

En 1946, Winston Churchill proclamaba: «Desde Sttetin a Trieste ha caído un telón de acero. Por lo que yo he aprendido de nuestros amigos los rusos durante la guerra, estoy convencido de que no hay otra cosa que adoren tanto como la fuerza, ni otra que respeten menos que la debilidad militar. Es preciso que los pueblos de habla inglesa se unan urgentemente para eliminar toda tentación de ambición o de aventurismo.»

En las palabras del líder británico se acumulaban los principios rectores de una cierta ideología de la Guerra Fría en su visión más descarnada: la política de fuerza, anclada en una visión militarizada de las relaciones internacionales. Más allá de sus palabras, latía otro hecho: el fin de los antiguos imperios europeos reclamaba el auxilio del gran aliado del otro lado del Atlántico para intentar la perpetuación del pasado; era, también, el diseño de una Europa continental como el escenario donde podían crecer la ambición y el aventurismo, el tablero sobre el que se dirimirían las rivalidades por todos los medios, incluida la guerra si fuera precisa. Los europeos, agotados por dos guerras, sufridas en el brevísimo plazo de veinticinco años, viven la posguerra de la segunda de estas conflagraciones, amenazados por el pánico provocado por el expansionismo y la agresividad de una Alemania responsable de dos contiendas y la realidad de una súper potencia euro-asiática que ha llegado con sus ejércitos hasta Berlín, hasta el corazón de Europa. Vive, también, aunque quizá en estos años no se tenga conciencia plena de su gravedad, la tragedia de la división de Europa en dos modelos que se alzan como antagónicos. A esta realidad de la instalación de las democracias populares en Europa Oriental, siguiendo las pautas del Estado autoritario estalinista, viene a sumarse otra realidad igualmente aplastante: un continente, económicamente arruinado, y sobre el que aún flotan los recuerdos de «las consecuencias económicas» de la Paz de Versalles.

Tensión militar creciente, ruina económica y futuro incierto, división política e ideológica, ocaso de los grandes poderes históricos. Estos son los componentes del sentimiento colectivo europeo de aquellos años que median entre 1945 y 1950. Y, de nuevo, la repetición británica: «Es preciso que los pueblos de habla inglesa se unan...» Gran Bretaña se separa, o así lo pretende, del Viejo Continente.

El discurso de George Marshall, el 5 de junio de 1947, en la Universidad de Harvard, más esperanzado, sentaba las bases del restablecimiento económico, alentaría la esperanza, al enunciar el Plan de Ayuda a Europa que lleva su nombre. Una Europa Occidental, presa de la crisis y de la ruina económicas, no sólo era un débil baluarte ante hipotéticas actuaciones militares de la Unión Soviética (que, por lo demás, nunca osó cruzar las fronteras de Yalta y Potsdam), sino que también atentaría gravemente contra la estabilidad y la fluidez de la economía capitalista: una Europa insolvente, en términos financieros y monetarios, podría tener unas consecuencias imprevisibles sobre el resto del sistema. La ayuda, en condiciones inéditas hasta aquel entonces, proporcionada por el Plan Marshall constituye la clave de aquel «milagro europeo» que posibilitó la recuperación de Europa Occidental en muy pocos años. El Plan Marshall, por último pero no lo menos importante, era requisito previo para el buen funcionamiento de los mecanismos establecidos en Dumbarton Oaks.

Como ya hemos indicado en las páginas anteriores, la firma en 1949 del Tratado de Washington y el nacimiento de la NATO, comple-

mentaría militarmente el reforzamiento económico de un sistema que se alzaba como alternativa democrática a la amenaza del totalitarismo soviético; aunque, ciertamente, en el seno de la Alianza entre países libres no faltasen excepciones a la regla democrática bajo la forma de regímenes totalitarios de derecha, como fueron los casos de Portugal, Grecia y Turquía, en diversos momentos, desde 1949 hasta nuestros días. Así era, montada sobre el trípode económico-político-militar, la articulación de la Guerra Fría en un mecanismo compensatorio que dividía y fragmentaba al Viejo Continente. La respuesta desde el campo adverso no se hizo aguardar, ni tampoco fue frágil. El Pacto de Varsovia ha hecho gala, desde su nacimiento en 1955, de su capacidad disuasoria y amenazadora frente al bloque rival y ha demostrado hasta la saciedad su poder disciplinario en el interior del suyo. El Consejo de Ayuda Económica Mutua (CAME), constituido en 1949, se presenta en sus textos fundacionales y en su desarrollo funcional como un diseño de unificación económica socialista sobre la base de la multilateralidad, invocando los principios del internacionalismo socialista como los móviles inspiradores de su propia dinámica. Más cierto, sin embargo, sería afirmar que la realidad del CAME apunta hacia la subordinación de la economía de las democracias populares a los intereses superiores, no sólo económicos de la Unión Soviética. Y, lo que es más grave aún, el CAME no ha podido remediar, ni tan siquiera paliar, las deficiencias estructurales de la economía de estos países, como en el caso dramático de Polonia; a *sensu contrario*, tampoco muestra las condiciones necesarias para encauzar las exigencias de aquellos otros países del bloque de economías más desarrolladas; así, frecuentemente, se olvida que las causas reales de la Primavera de Praga de A. Dubcek no sólo eran de índole política, liberalizadora, sino también venían motivadas por las exigencias de una economía en expansión que necesitaba salir del marco asfixiante de los intercambios exclusivos entre países del Este, no sólo en productos sino también en capitales.

¿Podría ser esta compartimentación político-económico-militar el proyecto deseable, ideal, para una reestructuración europea, superadora de la herencia de la Segunda Guerra Mundial y de sus consecuencias bélico-ideológicas?

La historia de una idea de Europa, cimentada no sólo en datos militares, en concepciones guerreras y en supuestos hegemónicos, sino también en el fortalecimiento y en la defensa de una concepción cultural común —valorando correctamente el contenido ético de toda empresa cultural— cuenta con una notable antigüedad; aunque, desgraciadamente no falten quienes, a lo largo de los tiempos, la han invocado como designios encubridores de ambiciones meramente nacionales o nacionalistas. Tuvo que sobrevenir la hecatombe de 1939-1945, para que el emblema de Coudenhove-Kalergi y Aristide Briand, entre los más preclaros ancestros y los más cercanos a nuestros días, dejase de ser contemplado como una atractiva utopía y empezase a considerarse como la única fórmula que, arrancando de

mecanismos económicos, fuese capaz de ofrecer soluciones racionales a los nacionalismos provincianos y agresivos, responsables en el pasado de tantos desastres europeos. Nadie discute que en el horizonte inmediato de Robert Schuman y de Jean Monnet estaba muy presente la enemistad histórica germano-francesa y que la CECA se concebía como el lenitivo más adecuado para que, por la vía de la siderurgia, se superasen errores económicos del pasado y además se fraguase una aproximación absolutamente novedosa; pero también entendían, aquellos padres fundadores, que la idea de Europa sólo podría ser realizable si era precedida de la armonía entre antiguos y seculares enemigos. Esta concepción superadora estaba ya contenida en el famoso *Mensaje a los Europeos*, lanzado por Denis de Rougemont, el año 1948, en el Congreso de La Haya:

«Europa está amenazada, Europa está dividida y la mayor amenaza viene de sus divisiones.

Empobrecida, recargada de barreras que impiden circular a sus bienes, pero que ya no pueden protegerla, nuestra Europa camina hacia su fin. Ninguno de nuestros países puede resolver, por sí solo, los problemas que le plantea la economía moderna. A falta de una unión libremente consentida, nuestra actual anarquía nos expondrá el día de mañana a la unión forzada, bien por la intervención de algún imperio exterior, o bien por la usurpación de un partido del interior.

Ha llegado la hora de emprender una acción que esté a la altura del peligro.

Mañana, todos juntos, podemos edificar con los pueblos de ultramar asociados a nuestros destinos, la mayor formación política y el más amplio conjunto económico de nuestro tiempo. La historia del mundo nunca habrá conocido una unión de hombres libres tan poderosa. Nunca la guerra, el miedo y la miseria habrán sido derrotados por un adversario tan formidable.

La vocación de Europa se define claramente entre este gran peligro y esta gran esperanza.

Su vocación consiste en unir a sus pueblos según su verdadero carácter, que es el de la diversidad y en las condiciones del siglo XX, que son los de la comunidad, con el fin de abrir al mundo el camino que busca, la vía de libertades organizadas. Su vocación es la de reanimar sus poderes de invención para la defensa y la ilustración de los derechos y deberes de la persona humana, de la que Europa, a pesar de sus infidelidades, sigue siendo el mayor testigo a los ojos del mundo.»

Era, sin desmesura pero con anticipación, el proyecto doctrinal premonitorio de la nueva Europa, frente a la realidad del pasado, un pasado inmovilizado ahora por el pesadísimo fardo de la Guerra Fría. El camino de la esperanza estará erizado de no pocas dificultades.

des e incomprendiones, bien arraigadas en anacrónicos pero todavía bien presentes nacionalismos particulares e intereses partisanos. No obstante, si se contempla el trayecto recorrido desde aquel entonces, habrá de convenirse que el tiempo histórico consumido, para la consecución de logro tan ambicioso, ha sido de una sorprendente brevedad. En mayo de 1949, nació el Consejo de Europa, con la visión puesta en la edificación de un espacio privilegiado para la defensa de los derechos humanos y para la protección de las libertades. Dos años más tarde, abril de 1951, le llegaba el turno a la Comunidad Europea del Carbón y del Acero. El 26 de marzo de 1957, sería la fecha augural de la firma de los Tratados de Roma, fundacionales de la Comunidad Económica y de la Energía Atómica. Una Europa de seis miembros que, en 1986, llegaría a la cifra de doce, para hablar ya, sin aditivos, de la Comunidad Europea. Pendiente ahora, todo el conjunto, de la consecución, en 1992, del Acta Unica Europea, el espacio único europeo. Ya no es una locura proyectar el pensamiento y la acción sobre la unión europea. Por muchas y tremendas que sean todavía las dificultades existentes.

Ahora bien, esta Europa nueva no quiere limitarse a su parte occidental, a una Europa incompleta, amputada de toda la otra mitad del Continente. Y lo cierto es que, en estos años, se han ido resolviendo antiguos y espinosos contenciosos, especialmente en la parte más delicada, en Centro-Europa. La *ostpolitik* del canciller Brandt posibilitó, en 1970, la firma de sendos tratados bilaterales entre Bonn y Moscú, de una parte, y entre Bonn y Varsovia, de la otra; dos años después, en 1972, era el turno del histórico Tratado Fundamental entre las dos Alemanias, la Federal y la Democrática. La conformidad diplomática sobre tan discutidas fronteras centro-europeas, era el pórtico o condición indispensable para llegar a Helsinki, en el verano de 1975, a la firma de la Declaración Final de la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europeas; en cuyo texto se declara solemnemente que las fronteras europeas son sagradas e inviolables.

Desde entonces, comienza a esbozarse en el horizonte europeo una meta que, de alcanzarse algún día, significaría el rechazo definitivo de toda tentación expansionista y de todo aventurismo totalitario. Por ahora, parece ya inevitable y también saludable recíprocamente el fortalecimiento de los intercambios económicos y comerciales entre las dos Europas. Pero hay algo todavía más importante: la Europa del Este mira cada vez con mayor atención el modelo occidental, fundamentado en el respeto y la defensa de los derechos fundamentales. Este es el camino que conduce a una Europa sin fronteras económicas, sin divisiones ideológicas y sin realidades militares. Algo empieza a moverse en Europa Oriental, desde Budapest a Moscú, en esta dirección. No era, pues, tan enloquecida la baza que se apostaba en el juego iniciado con la firma de la Declaración Final de Helsinki y en las sucesivas Conferencias de Seguridad y Cooperación en Europa.

#### IV. DINAMICA GLOBAL Y NUEVA DISTRIBUCION DEL PODER

Todavía era necesario, antes de llegar a la fecha esperanzadora de 1989, que el sistema de bloques, siguiendo las directrices de la Guerra Fría, viviese otra de sus etapas más crispadas por las actuaciones militaristas, por conflictos regionales agudizados, por nuevas y agudas tensiones diplomáticas, así como por otra escalada más en la carrera armamentista. Aunque las relaciones venían deteriorándose entre las súper potencias que, además, habían endurecido sus liderazgos respectivos en el seno de sus respectivos bloques, la fecha crítica señalada en el calendario sería la del 27 de diciembre de 1979, la intervención soviética en Afganistán, que reavivaría finalmente las estridencias de la Guerra Fría. A partir de entonces, se produce una serie de transformaciones en la estrategia militar, que tendrán especial relevancia en la norteamericana, conducente a la supresión o aminoración de la vieja idea del paraguas nuclear estadounidense garantizando la seguridad de Europa Occidental. Posiblemente, se trate de un intento desafortunado de situar a los europeos ante sus propias responsabilidades; actuación consistente en la decisión de insialar misiles nucleares norteamericanos de alcance medio e intermedio en buena parte de Europa Occidental, la útil en términos estratégicos; A los «SS-20» soviéticos se respondía con los «Cruisers» y los «Pershing-2» estadounidenses. Es, no por azar, la última etapa de Breznev al frente de la Unión Soviética y del inicio del mandato del presidente Ronald Reagan; habría que agregar, en honor a la verdad, que fueron los socios europeos de la NATO los que solicitaron de Washington el despliegue de sus euromisiles; por lo demás, es pronto para saber si fue un error táctico o una imaginativa medida de disuasión frente al potencial soviético. Sin embargo, en esta peligrosísima escalada aún quedaba por franquear un umbral de enorme trascendencia; éste fue el paso dado por el presidente Reagan, cuando el 23 de marzo de 1983 pronunciaba su histórico discurso sobre la Iniciativa de Defensa Estratégica (SID) o Guerra de las Galaxias, como es conocida popularmente: se trataba de la militarización del espacio exterior. Las respuestas soviéticas, con Andropov ya en el Kremlin, van a ir en una doble dirección. Por un lado, no vacilan en hacer continuas propuestas y avances sobre reducción de armamentos y hasta llevan a la práctica moratorias en sus pruebas nucleares de forma unilateral y voluntaria; por el otro lado, interrumpen o congelan los foros negociadores que, pese a todo, se mantenían abiertos (conversaciones sobre INF, conversaciones sobre reducción de armas estratégicas, así como las negociaciones sobre armamento convencional de Viena y otras). Esta última característica distingue netamente este período de la anterior y muchísimo más rígida fase de Guerra Fría.

Este incremento de la tensión internacional en Europa y entre las súper potencias tiene, por vez primera, un insólito telón de fondo



para los profesionales ciegos de las relaciones internacionales y para los predicadores del discurso ideológico. Toda Europa, por encima de las divisiones de los bloques militares y políticos, es recorrida por un movimiento de opinión popular, pacifista y anti-armamentista, de dimensiones y amplitud insospechadas. Parece, como si inesperadamente, se hallase un lenguaje común a uno y a otro lado del telón de acero. Lógicamente, su grado de intensidad más agudo se registra en Europa Central; posiblemente los euromisiles nucleares hayan hecho más por el acercamiento entre las dos Alemanias que cualquier otra doctrina o ideología.

Pese, pues, a todos los agoreros que saludaron más o menos alborozadamente la llegada de una nueva Guerra Fría, los datos en presencia parecen apuntar a que el período iniciado en 1979 no registró la gravedad, ni tampoco la duración del vivido, entre 1947/1948 y 1962. Un hecho revelador reside en que, aunque abundaron los gestos políticos dirigidos hacia las respectivas clientelas ideológicas, en ningún momento se interrumpieron absolutamente los canales de comunicación entre las súper potencias. Otro, también ilustrativo, consiste en señalar la actividad creciente de una diplomacia secreta, subterránea —cuyas virtudes no seremos nosotros precisamente los que las cantemos— que atenuaba y matizaba las declaraciones públicas; recuérdese, sobre este punto, el famoso «paseo por el bosque» de los negociadores Nitze y Kvitinski, el 29 de junio de 1983, en plena crisis de los euromisiles, y cuyo contenido nunca se ha revelado. En último lugar, y tampoco es un dato mínimo, el día 11 de marzo de 1985, Mijail Gorbachov es designado Secretario General de PCUS. Pocos meses después, en noviembre, se producía el primer encuentro, en la ciudad de Ginebra, entre los dos líderes mundiales; en su agenda de trabajo, las armas espaciales. Antes de transcurrir un año, los días 11 y 12 de octubre de 1986, la cumbre más trascendente de la última década, entre los líderes de las súper potencias, se produce en Reikiavik. *Cuando todo estaba a punto para producirse un acuerdo de gran trascendencia*, la insistencia soviética en asociar la negociación sobre los euromisiles a la Iniciativa de Defensa Estratégica, hizo retroceder espectacularmente todo lo avanzado. Sin embargo, los hechos posteriores apuntan a que se trató más de un forcejeo, de un juego de fintas, ya que el acuerdo en lo principal vino finalmente a mantenerse.

Antes de proseguir, es necesaria alguna puntualización, por somera que resulte. Al margen de los posibles juicios de valor sobre la conducta de cada una de las dos súper potencias, a los que tan aficionados son los pseudo-moralistas de las relaciones internacionales, conviene, ante un período de Coexistencia Pacífica aparentemente más sólido que el anterior, volver la mirada hacia el interior de la Unión Soviética. En nuestra reflexión hemos asociado la Coexistencia Pacífica a las necesidades y urgencias económicas soviéticas; ahora, hay que agregar también las posibilidades políticas. A los avances de la Unión Soviética en política exterior, corresponden, aún más,

antecedentes, las premisas internas. *Perestroika*, reestructuración, y *glasnost*, transparencia, son los presupuestos para la transformación de un sistema que se ha mantenido paralizado durante más de media centuria. Las deficiencias en el funcionamiento de la economía estatalizada, o su no funcionamiento, se han correspondido en paralelo con las nulas expectativas de desarrollo político. Los rasgos sanguiñarios del estalinismo se continuaron, bajo otras características, con la corrupción desatada durante el período de Breznev. Mientras persistían experiencias tan negativas, a finales del decenio de los cincuenta, un grupo de economistas y políticos trabajaban en Novosibirsk y hacían, dentro de la ideología comunista, una crítica en profundidad del sistema soviético. La llegada al poder de Andropov era un símbolo de los tiempos que se avecinaban; la política de Gorbachov ha sido su confirmación. Pero es que, además, comenzaba a derruirse otro viejo mito: el del monolitismo formado por el bloque de las democracias populares en Europa Oriental. Hungría, país invadido por las fuerzas soviéticas en 1956, encabeza actualmente la progresión hacia el retorno a un sistema pluralista de partidos políticos, procede a una importantísima reforma constitucional y se perfila como un posible candidato para el ingreso en la Comunidad Europea; sus relaciones conflictivas con Rumanía y amistosas con Austria, son botones de muestra de su independencia en política exterior. Aquella Polonia, al borde de la aniquilación física hace muy poco tiempo, vive hoy el pacto nacional a tres, entre el partido, el sindicato Solidaridad y la Iglesia católica, mientras que se prepara a unas sorprendentes elecciones presidenciales. Finalmente, la propia Unión Soviética ve como desaparece la vieja guardia de Breznev pero, a diferencia de los viejos tiempos, mediante mecanismos transparentes, mientras que la que ayer era disidencia participa con sus candidaturas en listas electorales. En fin de cuentas, ¿qué tienen hoy en común países como Bulgaria y Checoslovaquia, al margen de las secuelas disciplinarias de los pactos militares?, ¿y Rumanía con Hungría?, ¿y Polonia con la República Democrática de Alemania? Europa Oriental mira a la materialización del Acta Unica Europea quizá más esperanzadamente que desde Europa Occidental. Parece evidente, en consecuencia, que necesidades económicas, urgencias sociales y aspiraciones democratizadoras, son los ejes dinamizadores de la política exterior de Mijail Gorbachov.

La singladura de esta nueva etapa de Coexistencia Pacífica ha sido compleja, pero sus logros están siendo espectaculares. Desde la Conferencia de Reikiavik hasta la firma del Tratado de Washington sobre la eliminación de los misiles de alcance medio e intermedio entre la Unión Soviética y Estados Unidos (8 de diciembre de 1987) ha transcurrido poco más de un año y se ha llegado a un acuerdo sobre la aplicación de lo que parecía un imposible absoluto: la opción doble cero (algo que Washington pensó que jamás aceptaría Moscú), pero es que además, por el momento, se ha congelado la Iniciativa de Defensa Estratégica. No es inoportuno, ya que estamos ante un

acuerdo sin precedentes en el campo de la paz, insistir en que por vez primera se procede a una actuación de desarme nuclear, que, venciendo a los pesimistas, la prueba de fuego, cual es la verificación del desmantelamiento de los misiles de alcance medio e intermedio y la destrucción de sus cabezas nucleares, se está realizando por las partes con notable escrupulosidad; que las visitas de inspección recíprocas, previstas en el Tratado, se suceden sin ningún género de impedimento. Pero hay algo más destacable aún: continúan las negociaciones sobre armas convencionales y estratégicas, al tiempo que se plantea sobre el tapete de negociaciones la cuestión de los misiles nucleares de alcance menor; aquellos que están emplazados precisamente en el territorio de las dos Alemanias. La Unión Soviética, por su parte y en solitario, procede a la retirada de parte de sus ejércitos aún estacionados en algunos países europeos y en sus fronteras asiáticas, así como un número estimable de carros de combate. Posiblemente, la cifra no altere la balanza de poder favorable todavía a la Unión Soviética; pero, lo que es indiscutible, es que se refuerza el clima de confianza entre las dos súper potencias y en toda Europa.

Lógicamente, este ambiente de distensión imperante entre las dos súper potencias ha desbordado el marco europeo y se ha extendido a otras áreas geográficas. Moscú ha cumplido rigurosamente su compromiso de retirar sus fuerzas armadas de Afganistán, evitando, de paso, la amargura de un Vietnam soviético. Afganistán, recuérdese, era el obstáculo mayor para la reanudación de la normalidad en las relaciones bilaterales entre ambas súper potencias. Desde entonces, paulatinamente, van apagándose los conflictos regionales que se mantenían hacia largo tiempo. Y desaparecen por la acción diplomática concertada de Estados Unidos y de la Unión Soviética; bien directamente, bien utilizando los canales de las Naciones Unidas y los servicios de su Secretario General. Se negocia en Angola la retirada de las fuerzas expedicionarias cubanas y se anuncia el nacimiento del Estado de Namibia. Vietnam, de la mano de la Unión Soviética, anuncia, para el mes de septiembre de 1989, la retirada de sus fuerzas armadas de Camboya/Kampuchea. El soberano de Marruecos recibe a los delegados del Frente Polisario; contacto primero que, a largo plazo, puede desembocar en una solución también negociada para la cuestión del Sahara Occidental. El problema causado en Chipre por la ocupación de parte de la isla por el ejército turco conoce una movilidad que puede finalizar con la ocupación extranjera. Ciertamente, no concluye aquí el repertorio; pues aún subsisten focos de conflictividad y tensión muy dramáticos. Sin embargo, a Washington comienza a no parecerle desmesurada la idea de la convocatoria de una Conferencia Internacional de Paz para el Próximo Oriente e incluso se sienta en una mesa de conversaciones, en Túnez, con representantes de la Organización para la Liberación de Palestina. Y, atendiendo a otro foco de tensiones, la visita de Gorbachov a la isla de Cuba ha servido para que la Unión Soviética marque sus distancias con respecto a la política latinoamericana de Fidel Castro; por lo

demás, la Unión Soviética ha suspendido el envío de material militar a Nicaragua desde hace meses.

Todo lo anterior es bastante más que la promesa o el indicio de una nueva época de amistad y cooperación entre los Estados. Es, precisamente, la terminología propia de las Naciones Unidas que, en tiempos de bonanza, como el presente, pone de realce sus múltiples cualidades como ámbito negociador y como foro favorable a la paz.

No debemos concluir estas páginas sin, enlazando con el principio de nuestra reflexión, insistir en la importancia del lenguaje utilizado por las súper potencias en sus relaciones bilaterales y en sus exposiciones globales de política mundial. Los gobernantes, cuando se dirigen a los pueblos, a sus opiniones nacionales y a la opinión pública internacional, transmiten un mensaje destinado a influir en los sentimientos; es decir que, esta opinión así creada, sea el soporte de sus actuaciones concretas. En la actualidad, nueva etapa y más importante de Coexistencia Pacífica, los líderes de las súper potencias comunican armonía, tranquilidad y fluidez en las relaciones bilaterales y universales. La realidad del desarme se ha incorporado plenamente al lenguaje habitual. Las alabanzas a los progresos de la aplicación de la doctrina de los derechos humanos en la Unión Soviética se manifiestan sin reticencias. Nadie utiliza la terminología agresiva, enemigo contra enemigo, de la Guerra Fría.

Dos ejemplos muy elocuentes, a pesar de la extensión excusable de las citas, ilustran ampliamente no sólo de este nuevo lenguaje, sino también de la nueva tónica imperante en las relaciones internacionales. Mijail Gorbachov escribía en 1987, en las páginas de su *Perestroika. Mi mensaje a Rusia y al mundo entero*:

«Creo que el nuevo estilo en las relaciones internacionales implica que éstas amplíen sus estructuras más allá de los límites del proceso diplomático propiamente dicho. Los parlamentarios se están mostrando cada vez más activos en los contactos internacionales, a la par con sus gobiernos, y ésta no deja de ser una evolución alentadora, puesto que señala una tendencia a una mayor democracia en las relaciones internacionales. La invasión a gran escala de este campo por parte de la opinión pública y de las organizaciones públicas nacionales e internacionales, es un signo de nuestro tiempo. Una diplomacia pública, de ciudadanía, una manera de dirigirse directamente a los pueblos, es algo que se está convirtiendo en un medio corriente para establecer contactos entre los Estados. Utilizar los métodos de la diplomacia ciudadana no es un problema para nosotros. Procedemos a partir de la comprensión de que toda la carga de la carrera de armamentos, por no mencionar las posibles consecuencias de los conflictos internacionales, gravita sobre el pueblo, y queremos que la posición de la Unión Soviética quede bien clara para todos los pueblos del mundo.»

El largo párrafo anterior descubre de forma optimista el uso de un vocabulario inopinado en labios de un dirigente soviético. Hace pocos años, la respuesta de Occidente, a las palabras y a los gestos de la parte antagonica, hubiese sido la habitual, siempre regida por la desconfianza: doble lenguaje, trampa política, ante la cual no puede bajarse la guardia. Pero, por el contrario, lo más esperanzador ha sido la receptividad que el mensaje de Gorbachov ha encontrado en sus destinatarios que no parecen, ahora, plantearse ningún problema de credibilidad. Todo ello, muy especialmente, por parte del otro hegemón del sistema bipolar rígido que, por lo demás, ya está absolutamente periclitado. Es indiscutible que el discurso pronunciado por el presidente George Bush, el día 12 de mayo de 1989, en la Universidad A&M de Tejas, pasará a la historia como el texto que cancela y cierra una prolongadísima fase de enfrentamiento y de ausencia total de propósitos constructivos en las relaciones internacionales. Ha proclamado el presidente George Bush:

«Nuestro objetivo es audaz, incluso más ambicioso de lo que cualquiera de mis predecesores hubiera podido pensar. Ha llegado la hora de ir más allá de la política de contención y pasar a una nueva política para los años noventa, una política que reconozca el alcance total del cambio que se está produciendo en el mundo y en la propia Unión Soviética. En suma, el objetivo de Estados Unidos va ahora más allá de una simple contención del expansionismo soviético. Buscamos la integración de la Unión Soviética en la comunidad de naciones (...). No se detenga Sr. Gorbachov (...). Que el mundo no se llame a engaño: una nueva brisa está soplando en las estepas y en las ciudades de la Unión Soviética. ¿Por qué no aprovechar esta oportunidad para que este tipo de apertura aumente y caigan más barreras?»

Semanas antes del discurso del presidente Bush, un anciano G. F. Kennan proclamaba solemnemente que la Guerra Fría había finalizado. Ahora, el nuevo mandatario norteamericano trocaba el término contención, invento exactamente de Kennan y símbolo de la Guerra Fría, por otro absolutamente revolucionario entre las dos súper potencias: integración en la comunidad de naciones. Si palabras tan importantes continúan, además, confirmándose con hechos tales como la continuación del desarme nuclear y su extensión al estratégico y al convencional, si se prosigue la solución pacífica de los conflictos armados regionales, resultará inaplazable abordar una nueva distribución del poder, en términos armónicos, a escala universal. Pero, por el instante, retengamos nuestra atención en el Viejo Continente. El año 1992 era contemplado, y lo sigue siendo, como una cita fundamental con un compromiso de proporciones insospechadas: el espacio único europeo, aunque solamente de Europa Occidental. Hoy, sin embargo, tenemos motivos racionales, no metafóricos ni tampoco

*Roberto Mesa*

utópicos, para aspirar a metas mucho más ambiciosas: la construcción de la casa común europea; otras palabras, las de Mijail Gorbachov, para expresar el deseo de integración en la comunidad de naciones del presidente Bush. No sería, como quizá pueda añorar algún nostálgico, de un simplista e indeseable regreso al pasado; se trataría de la recuperación de la identidad colectiva, histórica y cultural, de Europa con la mirada puesta en el futuro, sobre bases que impidan los errores de otros tiempos. Si la Guerra Fría nació en Europa, es en Europa precisamente donde debe ser enterrada.

Madrid, 21 de mayo de 1989.